

Tres documentos de Juan Pablo II sobre el tema de la cultura

Discurso en la UNESCO

(París, 2-6-1980)

Unidad y pluralidad de culturas

6. *Genus Humanun arte et ratione vivit* (cf. santo Tomás comentando a Aristóteles, en *Post. Analyt.*, 1). Estas palabras de uno de los más grandes genios del cristianismo, el cual fue al mismo tiempo un continuador fecundo del pensamiento antiguo, conducen más allá del círculo y del significado contemporáneo de la cultura occidental, ya sea mediterránea o atlántica.

Dichas palabras tienen una significación, la cual se aplica al conjunto de la humanidad donde se encuentran las diversas tradiciones que constituyen su herencia espiritual y las diversas épocas de su cultura. La significación esencial de la cultura consiste, según las palabras de santo Tomás de Aquino, en el hecho de que ella es una característica de la vida humana como tal.

El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. La vida humana es cultura en este sentido también, pues el hombre se distingue y se diferencia por medio de ella de todo lo que existe por otra parte en el mundo visible: el hombre no puede pasarse sin la cultura.

La cultura es un modo específico del «existir» y del «ser» del hombre. El hombre vive siempre según una cultura, que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un vínculo propio también, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. En la unidad de la cultura, cual modo propio de la existencia humana, se arraiga al mismo tiempo la pluralidad de las culturas, en el seno de la cual vive el hombre. En esta pluralidad, el hombre se desarrolla sin perder, no obstante, el contacto esencial con la unidad

de la cultura en tanto que dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.

7. El hombre, el cual, en su mundo visible, es el único sujeto óptico de la cultura, es también su único objeto y su término. La cultura es aquello por lo que el hombre, en tanto que hombre, es más hombre, «es» más, accede más al «ser». Es ahí también donde se funda la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria con lo que es el hombre, mientras su relación con lo que tiene, con su «tener», es no solamente secundaria, sino totalmente relativa. Todo el «tener» del hombre no es importante para la cultura, no es un factor creador de la cultura, sino en la medida en que el hombre, por mediación de su «tener» puede al mismo tiempo «ser» más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad.

El hombre no es sólo la resultante de los medios de producción

La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la época actual, muestra que se piensa en la cultura y que se habla de ella primeramente en relación con la naturaleza del hombre; después solamente de forma secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos. Esto nada quita al hecho de que nosotros juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que saquemos de esto, a la vez, conclusiones sobre el hombre. Una tal aproximación —modo típico del proceso de conocimiento *a posteriori*— contiene en sí misma la posibilidad de remontarse, en sentido inverso, hacia las dependencias óptico-causales. EL hombre, y sólo el hombre, es «actor», o «artífice» de la cultura; el hombre y sólo el hombre se expresa en ella y encuentra en ella su propio equilibrio.

8. Todos nosotros aquí presentes nos volvemos a encontrar en el terreno de la cultura, realidad fundamental que nos une y constituye la base del establecimiento y de las finalidades de la UNESCO. Nos encontramos de nuevo por el mismo hecho en torno al hombre y, en un cierto sentido, en él, en el hombre. El hombre que se expresa y se objetiva en y por la cultura es único, completo e indivisible. Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. A partir de ahí no se le puede

considerar únicamente como la resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como la resultante —por no citar más que un ejemplo— de las relaciones de producción que predomina en una época determinada. Este criterio de las relaciones de producción, ¿no sería entonces de alguna manera una clave para la comprensión del carácter histórico del hombre, para la comprensión de su cultura y de las múltiples formas de su desarrollo?

Ciertamente, este criterio, sin duda alguna, constituye una clave, y una clave preciosa incluso, pero no es la fundamental, la constitutiva. Las culturas humanas reflejan, esto no tiene la menor duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o cual sistema el que constituye el origen de la cultura, sino es más bien el hombre, el hombre que vive del sistema, que lo acepta o trata de cambiarlo.

No se puede concebir una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; pero en el campo cultural, el hombre siempre es el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura.

Doble carácter de las obras culturales

Y esto, el hombre lo es siempre en su totalidad: en el conjunto íntegro de su subjetividad espiritual y material.

Si la distinción entre la cultura espiritual y material es justa en función del carácter y contenido de los productos en los cuales se manifiesta la cultura, es necesario constatar al mismo tiempo que, de una parte, las obras de la cultura material hacen que aparezcan siempre una «espiritualización» de la materia, una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad; y que, de otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de una manera específica, una «materialización» del espíritu, una encarnación de lo espiritual.

En las obras culturales, esta doble característica parece ser igualmente primordial e igualmente permanente.

He aquí, pues, a modo de conclusión teórica, una base suficiente para comprender la cultura a través del hombre íntegro, a través de toda la realidad de su subjetividad.

He aquí también —en el campo del obrar— la base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre todo entero, en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corporal; la base suficiente para no superponer a la cultura —sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo— divisiones y oposiciones preconcebidas.

En efecto, ya se trate de una absolutización de la materia en la estructura del sujeto humano, o, inversamente, de una absolutización del espíritu en esta misma estructura, ni la una ni la otra expresan la verdad del hombre y sirven a su cultura.

Unidad de religión y cultura

9. Yo desearía detenerme aquí en otra conclusión esencial, en una realidad de orden muy distinto. Podemos abordarla teniendo en cuenta el que la Santa Sede está representada en la UNESCO por su observador permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva de la naturaleza misma de la Sede Apostólica. Esta presencia está todavía de una forma más amplia en sintonía con la naturaleza y la misión de la Iglesia católica e indirectamente con la de todo el cristianismo. Aprovecho la ocasión que se me ofrece hoy para expresar una convicción personal profunda. La presencia de la Sede Apostólica en vuestra Organización —aun motivada también por la soberanía específica de la Santa Sede— encuentra, por encima de todo, su razón de ser en la unión orgánica y constitutiva que existe entre la religión en general y el cristianismo en particular, de una parte; y la cultura, de otra. Tal relación se extiende a las múltiples realidades, las cuales es necesario definir como expresiones concretas de la cultura en las diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo. No será ciertamente exagerado afirmar en particular que, por medio de una multitud de hechos, toda Europa —desde el Atlántico a los Urales— da testimonio, en la historia de cada nación, así como en la de toda la comunidad, de la unión entre la cultura y el cristianismo.

Al recordar esto no quiero en modo alguno minimizar la herencia de los otros continentes, ni el carácter específico y el valor de la misma herencia que procede de las demás fuentes de la inspiración religiosa, humana y ética.

Más aún, a todas las culturas del conjunto de la familia humana, desde las más antiguas a las que son contemporáneas con nosotros, deseo rendirles el homenaje más profundo y sincero. Pensando en todas las culturas, quiero decir en alta voz aquí, en París, en la sede de la UNESCO, con respeto y admiración: «He aquí el hombre». Yo quiero proclamar mi admiración ante la riqueza creadora del espíritu humano, ante sus esfuerzos constantes para conocer y para afirmar la identidad del hombre: del hombre siempre presente en todas las formas particulares de cultura.

Amor al hombre por ser hombre

10. Al hablar, por el contrario, del lugar de la Iglesia y de la Sede Apostólica en vuestra Organización, no pienso solamente en todas las obras de la cultura en las cuales, a lo largo de los dos últimos milenios, se expresaba el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni a las instituciones de diferentes clases que han nacido de la misma inspiración en los campos de la educación, de la instrucción, de la beneficencia, de la asistencia social y en tantas otras.

Pienso sobre todo, señoras y señores, en la unión fundamental del Evangelio, es decir, el mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma. Esta unión es, en efecto, creadora de cultura en su fundamento mismo. Para crear la cultura, es necesario considerar, hasta en sus últimas consecuencias y totalmente, al hombre como un valor particular y autónomo, como el sujeto portador de la trascendencia de la persona. Es necesario afirmar al hombre por él mismo, y no por cualquier otro motivo o razón: únicamente por él mismo! Más aún, es necesario amar al hombre por ser hombre, es necesario reivindicar el amor para el hombre en razón de la dignidad particular que posee. La totalidad de las afirmaciones relativas al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo, y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos han podido declarar sobre la materia, y

todo lo que han podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general y al cristianismo en particular.

A lo largo de la historia hemos sido ya más de una vez, y seguimos siendo, los testigos de un proceso, de un fenómeno muy significativo. Allí donde se han suprimido las instituciones religiosas, allí donde las ideas y las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la inspiración cristiana, han sido privadas de su derecho de ciudadanía, los hombres vuelven a encontrar de nuevo estos mismos datos fuera de los caminos institucionales, por la confrontación operada, en la verdad y el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y lo contenido en el mensaje cristiano.

Señoras y señores, os ruego me perdonéis esta afirmación. Al proponerla, en modo alguno he deseado ofender a nadie. Os pido comprendáis que, en nombre de lo que soy, no podía astenerme de ofrecer este testimonio. Lleva también en él la verdad —que no pude ser pasada en silencio— sobre la cultura, si se busca en ella todo lo humano, aquello en lo que se expresa el hombre o por lo que quiere ser el sujeto de su existencia. Y al hablar, yo quería al mismo tiempo manifestar con mayor motivo mi gratitud por los lazos que unen a la UNESCO con la Sede Apostólica; lazos de los que mi presencia hoy quiere ser una expresión particular.

La educación, labor esencial de la cultura

11. De todo esto se desprende un cierto número de conclusiones capitales. En efecto, las consideraciones acabadas de hacer muestran con toda evidencia que la labor primera y esencial de la cultura en general, y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste, en efecto, en ser el hombre cada vez más hombre; en que él pueda «ser» más y no solamente que pueda «tener» más; y, en consecuencia, a través de todo lo que «tiene», todo lo que «posee», sepa él cada vez más plenamente «ser» hombre. Para esto es necesario que el hombre sepa «ser más» no solamente «con nosotros», sino también «para nosotros». La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones interhumanas y sociales. Aquí también abordo un conjunto de axiomas sobre cuyo terreno las tradiciones del cristianismo surgidas del Evangelio encuentran la experiencia educadora de tantos hombres bien dispuestos y profundamente sabios, muy numerosos en todos los siglos de

la historia. Tampoco faltan en nuestra época hombres que se revelan grandes, sencillamente por su humanidad, la cual saben compartir con los demás, particularmente con los jóvenes.

Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de todo orden, a las cuales sucumben los ambientes y las sociedades por otra parte mejor dotados —crisis que afectan sobre todo a las jóvenes generaciones— testimonian a porfía que la labor de educación del hombre no se realiza solamente con ayuda de las instituciones, con la ayuda de medios organizados y materiales, aun siendo excelentes. Manifiestan también ser lo más importante siempre el hombre, el hombre y su autoridad moral, que procede de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus acciones con estos principios.

Educación en la sociedad

12. En su calidad de organización mundial, la más competente en todos los problemas de la cultura, la UNESCO no puede descuidar otra cuestión absolutamente primordial: ¿qué hacer para que la educación del hombre se realice sobre todo en la familia?

¿Cuál es el estado de moralidad pública que garantizará a la familia, y sobre todo a los padres, la autoridad moral necesaria para este fin? ¿Qué tipo de instrucción? ¿Qué formas de legislación sostienen esta autoridad o, por el contrario, la debilitan o destruyen?

Las causas del éxito o del fracaso en la formación del hombre por su familia se sitúa siempre, a la vez, en el interior mismo del medio creador fundamental de la cultura que es la familia, y también en un nivel superior, el de la competencia del Estado y de sus órganos, de los cuales son dependientes. Tales problemas no pueden dejar de provocar reflexión e inquietud en el *forum* en el cual se encuentran los representantes cualificados de los Estados.

No hay duda de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse a sí mismo y de educar a los demás. Tampoco hay duda de que la dimensión primera y fundamental de la cultura es la sana moralidad: la cultura moral.

Alienaciones en la educación

13. Ciertamente, se encuentran en este campo numerosas cuestiones particulares, pero la experiencia muestra que todo está unido y que las cuestiones se sitúan en sistemas evidentes de dependencia recíproca. Por ejemplo, en el conjunto de un proceso de la educación, de la educación escolar en particular, no interviene un desplazamiento unilateral hacia la instrucción en el sentido estricto de la palabra. Si se consideran las proporciones adquiridas por este fenómeno, así como el crecimiento sistemático de la instrucción, referido únicamente a lo que posee el hombre, ¿no es éste mismo el que se encuentra más oscurecido cada vez? Esto entraña una verdadera alienación de la educación: en lugar del amor que es comunión responsable de las personas, trabaja únicamente en favor de lo que el hombre puede utilizar en el campo del «tener», de la «posesión». La etapa ulterior de la alienación consiste en habituar al hombre, privándole de su propia subjetividad, para ser objeto de manipulaciones múltiples: las manipulaciones ideológicas o políticas, las cuales se hacen a través de la opinión pública; las que operan a través del monopolio o el control, por las fuerzas económicas o por las potencias políticas, de los medios de comunicación social; la manipulación, en fin, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo.

Parece que tales peligros en materia de educación amenazan, sobre todo, a las sociedades de civilización técnica más desarrollada. Estas asociaciones se encuentran ante la crisis específica del hombre, consistente en una falta creciente de confianza respecto a su propia humanidad, de la significación del hecho de ser hombre, de la afirmación y de la alegría que fluyen de ello y son fuente de creación. La civilización contemporánea trata de imponer al hombre una serie de imperativos aparentes, que sus portavoces justifican mediante el recurso al principio del desarrollo y del progreso. Así pues, por ejemplo, en lugar del respeto a la vida, «el imperativo» de liberarse de la vida y de destruirla, en lugar del amor que es comunión responsable de las personas, «el imperativo» del goce sexual máximo al margen de todo sentido de responsabilidad; en el lugar de la primacía de la verdad de las acciones, la «primacía» de la conducta en boga, de lo subjetivo, y del éxito inmediato.

En todo esto se expresa indirectamente una gran renuncia sistemática a la sana ambición de ser hombre. No nos hagamos ilusio-

nes: el sistema formado sobre la base de estos falsos imperativos, de estas renunciadas fundamentales, puede determinar el futuro del hombre y el futuro de la cultura.

La familia y la nación en el proceso de «ser» más

14. Si, en nombre del futuro de la cultura, es necesario proclamar que el hombre tiene el derecho a «ser» más, y si por la misma razón es necesario exigir una sana primacía de la familia en el conjunto de la obra de la educación del hombre a una verdadera humanidad, es necesario también situar en la misma línea el derecho de la nación, es necesario colocarlo también en la base de la cultura y la educación.

La nación es, en efecto, la gran comunidad de hombres unidos por vínculos diversos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe «por» la cultura y «para» la cultura, y ella es, pues, la gran educadora de los hombres para que ellos puedan «ser más» en la comunidad. Es la comunidad que posee una historia superadora de la historia del individuo y de la familia. Es también en esta comunidad, en función de la cual toda la familia educa, donde la familia comienza su labor de educación por lo que es más sencillo, la lengua, permitiendo de este modo al hombre, en sus comienzos, aprender a hablar, para llegar a ser miembro de la comunidad que es su familia y su nación. En todo esto, que proclamo ahora y que desarrollaré todavía más, mis palabras revelan una experiencia particular, un testimonio particular en su género. Yo soy hijo de una nación, la cual ha vivido las más grandes experiencias de la historia, y sus vecinos han condenado a muerte en muchas ocasiones, pero que ha sobrevivido y seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y a pesar de las particiones y las ocupaciones extranjeras, su soberanía nacional, no apoyándose en los recursos de la fuerza física, sino únicamente en su cultura. Esta se ha revelado, cuando ha llegado el caso, como una potencia mayor que todas las demás fuerzas. Lo que yo digo aquí, relativo al derecho de la nación, al fundamento de su cultura y de su futuro, no es, pues, el eco de «nacionalismo» alguno, sino que se trata siempre de un elemento estable de la experiencia humana y de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre.

Hay un soberanía fundamental de la sociedad manifestada en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía, por la cual, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Y, cuando yo me expreso de este modo, pienso igualmente, con una emoción interior profunda, en las culturas de tantos pueblos antiguos, los cuales no han cedido cuando se han visto enfrentados con las civilizaciones de los invasores: y ellas siguen siendo todavía para el hombre la fuente de su «ser» de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso también con admiración en las culturas de las nuevas sociedades, las cuales se despiertan a la vida en la comunidad de la propia nación —exactamente igual a como mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y luchan para mantener su propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

El peligro de los totalitarismos

15. Al dirigirme a vosotros, señoras y señores, que os reunís en este lugar desde ahora hace más de treinta años, en nombre de la primacía de las realidades del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las naciones, os digo: vigilad, por todos los medios a vuestro alcance, la soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protegedla como la niña de vuestros ojos para el futuro de la gran familia humana. ¡Protegedla! No permitáis que esta soberanía fundamental se convierta en presa de algún interés político o económico: no permitáis que se convierta en víctima de totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los cuales el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Para éstos también la nación —su propia nación o las otras— no cuentan sino como objeto de dominación e incentivo de intereses diversos, y no como sujeto: el sujeto de la soberanía procedente de la cultura auténtica que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una maravillosa soberanía histórica procedente de su cultura, y que están, sin embargo, al mismo tiempo privadas de su plena soberanía? ¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época, cuando es realmente urgente eliminar los restos del colonialismo?

Los medios de comunicación

16. La soberanía que existe y trae su origen de la cultura propia de la nación y de la sociedad, de la primacía de la familia en la obra de la educación y, finalmente, de la dignidad personal de todo hombre, debe seguir siendo el criterio fundamental en la forma de abordar el problema, importante para la humanidad de hoy, de los medios de comunicación social (de la información unida a ella, y también de lo que se llama la «cultura de masas»). Dado que estos medios son los medios «sociales» de la comunicación, no pueden ser medios de dominación sobre los demás, por parte de los agentes del poder político como por parte de las potencias financieras que imponen su programa y modelo. Deben convertirse en el medio —¡y qué importante medio!— de expresión de la sociedad que se sirve de ello, y que garantiza también su existencia. Deben tener en cuenta las verdaderas necesidades de la sociedad. Deben tener en cuenta la cultura de la nación y su historia. Deben respetar la responsabilidad de la familia en el campo de la educación. Deben tener en cuenta el bien del hombre, su dignidad.

No pueden estar sometidos al criterio del interés, de lo sensacional y del éxito inmediato, sino que, teniendo en cuenta las exigencias de la ética, deben servir para la construcción de una vida «más humana».

El analfabetismo

17. *Genus humanum arte et ratione vivit*. Se afirma en el fondo que el hombre es él mismo por la verdad, y se hace más él mismo por el conocimiento cada vez más perfecto de ella. Yo desearía rendir aquí homenaje, señoras y señores, a todos los méritos de vuestra organización y, al mismo tiempo, al interés y a todos los esfuerzos de los Estados y de las instituciones que representáis, en el camino de la popularización de la instrucción a todos los grados y a todos los niveles, en el camino de la eliminación del analfabetismo, que significa la carencia de toda instrucción, incluso la más elemental, carencia dolorosa no solamente desde el punto de vista de la cultura elemental de los individuos y de los ambientes, sino también desde el punto de vista del progreso socioeconómico.

Existen índices inquietantes de retraso en este campo, unidos a una distribución de los bienes, con frecuencia radicalmente desigual e injusta: pensamos en las situaciones en las que se dan, al lado de una oligarquía plutocrática poco numerosa, multitudes de ciudadanos hambrientos que viven en la miseria. Este retraso puede eliminarse no por el camino de luchas sangrientas por el poder, sino, sobre todo, por el camino de la alfabetización sistemática a través de la difusión y la popularización de la instrucción.

Un esfuerzo orientado así es necesario, si se desean llevar a cabo inmediatamente los cambios impuestos en el campo socioeconómico. El hombre, que «es más» gracias también a lo que «tiene», y a lo que «posee», debe saber poseer, es decir, disponer y administrar los medios posesivos, para su bien propio y para el bien común. A este efecto, la instrucción es indispensable.

Derecho de los padres a la educación de sus hijos

18. El problema de la instrucción ha estado siempre estrechamente unido a la misión de la Iglesia. A lo largo de los siglos ha fundado escuelas en todos los niveles; dio origen en Europa a las universidades medievales: en París como en Bolonia, en Salamanca igual que en Heidelberg, en Cracovia y en Lovaina. En nuestra época también ofrece la misma contribución en todas partes en las cuales su actividad en este campo se solicita y respeta. Séame permitido reivindicar en este lugar, para las familias católicas, el derecho perteneciente a todas las familias de educar a sus hijos en escuelas que corresponden a su propia visión del mundo, y en particular el derecho estricto de los padres creyentes a no ver a sus hijos sometidos, en las escuelas, a programas inspirados por el ateísmo. Se trata, en efecto, de uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia.

19. El sistema de la enseñanza está unido orgánicamente al sistema de las diversas orientaciones dadas a la forma de practicar y de popularizar la ciencia, para lo cual sirven los centros de enseñanza de alto nivel, las universidades y también, visto el desarrollo actual de la especialización y de los métodos científicos, los institutos especializados. Se trata de instituciones de las que sería difícil hablar sin una emoción profunda. Son los bancos de trabajo, en los que la vocación del hombre al conocimiento, de la misma manera que el

lazo constitutivo de la humanidad con la verdad, como objetivo de conocimiento, se convierten en una verdad cotidiana, se convierten, en cierto sentido, en el pan cotidiano de tantos maestros, corifeos venerados de la ciencia y en torno a ellos, jóvenes investigadores consagrados a la ciencia y a sus aplicaciones, así como de la multitud de estudiantes que frecuentan estos centros de la ciencia y del conocimiento.

Nos encontramos aquí como en los grados más elevados de la escala que el hombre, desde el comienzo, sube hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad. Este proceso histórico ha alcanzado, en nuestra época, posibilidades en otro tiempo desconocidas; ha abierto a la inteligencia humana horizontes insospechados hasta ahora. Sería difícil entrar aquí en detalle porque, en el camino del conocimiento, las orientaciones de la especialización son tan numerosas como rico es el desarrollo de la ciencia.

Objetivos no científicos

20. Vuestra organización es un lugar de encuentro, de un encuentro que engloba en sentido más amplio todo el campo tan esencial de la cultura humana. Este auditorio es, pues, el lugar especialmente indicado para saludar a todos los hombres de ciencia y rendir homenaje particularmente a los que están aquí presentes y que han obtenido por sus trabajos el más alto reconocimiento y las más eminentes distinciones mundiales. Séame, pues, permitido expresar también ciertos deseos que, no dudo de ello, embargan el pensamiento y el corazón de los miembros de esta augusta asamblea.

En la medida en que nos edifica el trabajo científico —nos edifica y también nos alegra profundamente—, la marcha del conocimiento desinteresado de la verdad que el sabio sirve con la mayor abnegación y a veces con el riesgo de su salud e incluso de su vida, así también debe preocuparnos todo lo opuesto a los principios de desinterés y de objetividad, todo lo que podría hacer de la ciencia un instrumento para conseguir objetivos, los cuales nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos de todo lo que propone y presupone esos únicos objetivos no científicos, exigiendo de los hombres de ciencia que se pongan a su servicio sin permitirles juzgar y decidir, con toda independencia del espíritu, de la honestidad

humana y ética de tales objetivos o amenazándolos con sufrir sus consecuencias cuando se niegan a contribuir a ellos.

Estos objetivos no científicos de los cuales hablo, este problema que planteo, ¿tiene necesidad de prueba o de comentarios? Sabéis a lo que me refiero; baste aludir que entre los que fueron citados ante los tribunales internacionales, al término de la última guerra mundial, había también hombres de ciencia. Señoras y señores, os pido me perdonéis estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi cargo si no las pronunciase no para volver sobre el pasado, sino para defender el futuro de la ciencia y de la cultura humana; ¡más todavía para defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien en su rectitud poco común supo sostener que la ciencia es al mismo tiempo virtud moral, debería remachar su certeza si pudiese considerar las experiencias de nuestro tiempo.

El futuro del hombre, amenazado

21. Nos damos cuenta de ello, señoras y señores; el futuro del hombre y del mundo está amenazado, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones, ciertamente nobles, de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en detrimento del imperativo ético— con fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, y hasta con fines de destrucción y muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando estragos verdaderamente inimaginables. Llamada la ciencia a ponerse al servicio de la vida del hombre, se constata con demasiada frecuencia estar sometida a finalidades que son destructoras de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Tal es el caso cuando la investigación científica se orienta hacia estos objetivos o cuando sus resultados son aplicados a fines contrarios al bien de la humanidad. Ello se realiza tanto en el campo de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas como en el campo de los armamentos químicos, bacteriológicos o nucleares.

Dos consideraciones me invitan a someter particularmente a vuestra reflexión, la amenaza nuclear que se cierne sobre el mundo de hoy, y que si no es conjurada podría conducir a la destrucción de

los frutos de la cultura, de los productos de la civilización elaborada a lo largo de los siglos por generaciones sucesivas de hombres que creyeron en la primacía del espíritu y que no han ahorrado sus esfuerzos ni sus fatigas. La primera consideración es ésta. Razones de geopolítica, problemas económicos de dimensión mundial, terribles incomprensiones, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han conducido a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a un equilibrio frágil que corre el riesgo de ser destruido de un momento a otro como resultado de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se añade a esta perspectiva inquietante. ¿Se puede estar seguro, incluso en nuestros días, de que la ruptura del equilibrio no conducirá a la guerra, y a una guerra que no dudaría en recurrir a las armas nucleares? Hasta el momento se ha dicho que las armas nucleares han constituido una fuerza de disuasión que ha impedido el estallido de una guerra mayor, y esto es probablemente verdadero. Pero podemos preguntarnos al mismo tiempo si siempre ocurrirá lo mismo. Las armas nucleares, independientemente del orden de magnitud o tipo que sean, se perfeccionan cada año más, y se añaden al arsenal de un número creciente de países. ¿Cómo se podrá estar seguro de que el empleo de las armas nucleares, incluso con fines de defensa nacional o en conflictos limitados, no implicará una escalada inevitable, que lleve a una destrucción, la cual la humanidad no podrá jamás encarar ni aceptar? Pero es a vosotros, hombres de ciencia y de cultura, a los que yo debo pedir que cerréis los ojos sobre lo que una guerra nuclear puede representar para toda la humanidad (cf. *Homilía con motivo de la Jornada mundial de la paz*. 1 de enero de 1980).

22. Señoras y señores, el mundo no podrá continuar mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y del envite, que se inspira también en el sentido elemental de las responsabilidades que incumben a cada uno, una convicción se impone, siendo al mismo tiempo un imperativo moral: ¡es necesario movilizar las conciencias!

Es necesario incrementar los esfuerzos de las conciencias humanas a la medida de la tensión entre el bien y el mal, a la cual están sometidos los hombres a finales del siglo XX. Es necesario convenirse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la

persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia (cf. *Redemptor hominis*, 16). La causa del hombre se servirá si la ciencia se une a la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva «el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo, y de Dios sobre el hombre» (*Discurso a la Academia pontificia de ciencias*, 10 de noviembre de 1979, 4).

Palabras dirigidas a los representantes de la intelectualidad en la biblioteca de México

(México, 12-5-1990)

Al término de una intensa jornada, ya al final de mi visita pastoral a este entrañable país, siento un gozo profundo al tener este encuentro, para mí tan lleno de significado, con los representantes del mundo de la cultura: de las ciencias, de las artes y de las letras de México.

En mi saludo afectuoso y cordial a los aquí presentes, quiero abarcar también a cuantos, en toda esta gran nación, comparten las tareas propias de la investigación, del pensamiento y de la formación de las futuras generaciones.

Deseo manifestar mi vivo agradecimiento al doctor Silvio Zavala, por sus amables palabras de bienvenida y por los nobles sentimientos expresados. Mi gratitud va igualmente a cuantos con su generoso esfuerzo han hecho posible que podamos compartir esta tarde unos momentos de reflexión y fraterna convivencia.

Es éste mi primer encuentro con intelectuales de América Latina que tiene lugar después de los importantes acontecimientos ocurridos en 1989 en Europa del Este. Asistimos a un cambio que afecta a toda la sociedad contemporánea. Se trata en efecto, de una nueva época muy compleja, en la que forzosamente conviven inercias del pasado e intuiciones del futuro. Sin embargo, precisamente en estas circunstancias, debéis dar prueba, como hombres de la cultura, de vuestra lucidez y de vuestro espíritu penetrante. Estáis llamados a

dar vida a una nueva época también en el Nuevo Continente lo que constituye como un desafío para vuestro quehacer intelectual.

A la vista de este dilatado horizonte, así como de las comprometedoras exigencias que habéis de afrontar, se moverán las reflexiones que deseo compartir hoy con vosotros.

Ciertamente no es posible —ni es lo que esperáis— ofrecer aquí un cuadro detallado de objetivos culturales para el próximo futuro. Sin embargo, cabe delinear al menos unos principios de análisis del momento actual y unos puntos básicos de referencia que puedan servir de ayuda en vuestras tareas.

No se puede olvidar, en este análisis del variado panorama que ofrece América Latina, el importante papel que desempeña la Iglesia católica al poner en marcha la nueva evangelización. La Iglesia sigue proclamando incansablemente los principios cristianos, como elemento fundamental de toda civilización y de toda cultura acorde con la dignidad humana; pues la Iglesia al evangelizar, es decir, al anunciar el Evangelio de la gracia de Dios, puede humanizar, «civilizar», liberar, construir la sociedad. De todo ello quiero hacerme eco en este encuentro con vosotros.

Las transformaciones que han tenido y están teniendo lugar en el llamado bloque de los países del Este representan, como bien sabéis, un cambio en el escenario de la comunidad internacional, lo cual incide de modo inevitable en el resto de los pueblos.

Podríamos afirmar que el clima de mayor confianza que se está instaurando en este último periodo ha despejado notablemente el camino del peregrinar humano. La amenaza de una destrucción total que se cernía sobre la humanidad contemporánea (cf. *Domínium et vivificantem*, 57), parece haberse alejado sensiblemente. Hoy se respira un aire renovado y se nota por doquier como un resurgir de la esperanza.

Sin embargo, no podemos dejar de constatar que son muchas las incertidumbres del camino a seguir. Se están superando ciertamente no pequeños obstáculos, pero, al mismo tiempo, se descubre la ausencia de válidos proyectos culturales capaces de dar respuesta a las profundas aspiraciones del corazón humano.

En la raíz de estas consideraciones nos parece poder constatar dos realidades bien probadas. Por un lado, la más evidente es que el sistema basado en el materialismo marxista ha decepcionado por sí mismo. Quienes lo propugnan y quienes fundan su esperanza en esos intentos han quedado advertidos.

Sin embargo —y es la otra comprobación— tampoco los modelos culturales ya afianzados en los países más industrializados aseguran totalmente una civilización digna del hombre (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 28). Con frecuencia se exaltan los valores inmediatos y contingentes como claves fundamentales de la convivencia social y se renuncia a cimentarse en las verdades de fondo, en los principios que dan sentido a la existencia. Baste pensar en la pérdida del significado de la vida humana, puesta de manifiesto en el elevado número de suicidios, característico de algunos países altamente industrializados, y testificada también trágicamente por el aborto y la eutanasia. Se está verificando un proceso de desgaste, el cual, afectando a la raíz, no dejará de acarrear dolorosas heridas para toda la sociedad.

Además y considerando el caso de América Latina, aquellos valores inmanentes y transitorios son incapaces de sustentar el esfuerzo que exige la construcción de una civilización prometedora como la vuestra, de una sociedad digna del hombre en todos sus aspectos: materiales y espirituales, inmanentes y trascendentes.

Ante este panorama de incertidumbre, ante la crisis de modelos culturales, viene a mi mente aquella serie de interrogantes que expresaba el autor de aquel documento anónimo del México prehispánico: «¿Qué es lo que va a gobernarnos?, ¿qué es lo que nos guiará?, ¿qué es lo que nos mostrará el cambio?, ¿cuál será nuestra norma?, ¿cuál será nuestra medida?, ¿cuál será nuestro modelo?, ¿de dónde habrá que partir?, ¿qué podrá llegar a ser la tea y la luz?» (*Códice Matritense de la Real Academia de la historia*, fol. 191 v y 192 r).

Por otra parte, en América Latina, se va viendo la necesidad de abrir nuevos caminos partiendo de vuestra propia identidad, y esto interpela directamente a vuestra responsabilidad de hombres del pensamiento y de la cultura. No podemos olvidar que México ha sido cuna de civilizaciones que, en su tiempo, alcanzaron un alto grado de desarrollo y saber. Os toca, pues, cooperar intensamente

para dar vida a un proyecto de desarrollo cultural que lleve a los pueblos de Latinoamérica a esa plenitud de civilización, a la que deben aspirar.

Al aprestarse para una nueva evangelización, la Iglesia católica se siente llamada a ofrecer también una importante contribución en este campo. Ella tiene plena confianza en vuestra capacidad y en vuestras cualidades. Por su vocación de servicio al hombre en plenitud de vida, es como connatural a la Iglesia servir los afanes de verdad, de bien y de belleza presentes en todo corazón humano. Tal vez no haga falta repetirlo; de todos modos, dejadme recordar que la Iglesia siempre ha tratado de favorecer la cultura, la verdadera ciencia, así como el arte que enaltece al hombre o la técnica que se desarrolla con profundo respeto de la persona y de la misma naturaleza.

De esta actitud de la Iglesia tenéis amplio conocimiento, pues, a lo largo de varios siglos el cristianismo ha ido penetrando profundamente en la cultura de América Latina hasta formar parte de su propia identidad. México, por otro lado, cuenta con personajes cuya obra es patrimonio de toda la humanidad. Pienso en sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón y tantos otros. Pienso también en tantas manifestaciones de su genio artístico y literario. El elenco se haría muy amplio, si hiciéramos mención de las diversas instituciones culturales.

Junto a todo ello, no es posible desconocer que han existido en el pasado —y en algunos ambientes aún persisten— incomprendimientos y malentendidos respecto a determinados postulados de la ciencia. Permitidme que lo repita también aquí ante los exponentes de la intelectualidad y del mundo universitario mexicano: la Iglesia necesita de la cultura, así como la cultura necesita de la Iglesia. Se trata de un intercambio vital que, en un clima de diálogo cordial y fecundo, lleve a compartir bienes y valores que contribuyan a profundizar la identidad cultural, como servicio al hombre y a la sociedad mexicana.

Esta indeclinable vocación de servicio al hombre —a todo hombre y a todos los hombres—, es la que mueve a la Iglesia a dirigir su llamado a los intelectuales mexicanos —comenzando por los intelectuales católicos— para que, abriendo nuevos cauces a la participación y a la creatividad, no ahorren esfuerzos en llevar a cabo

aquella labor integradora —propia de la verdadera ciencia— que asiente las bases de un auténtico humanismo integral que encarne los valores superiores de la cultura y de la historia mexicana.

Para llevar a cabo esta tarea, se precisa partir de un nuevo modelo de percibir las relaciones entre historia humana y trascendencia divina. Hay que dejar atrás aquellos injustificados planteamientos en que la afirmación de una, implica una mayor o menor supresión de la otra (cf. *Gaudium et spes*, 36). Es necesario poner de relieve que el esfuerzo del hombre por superarse en todos los aspectos forma parte de su anhelo por acercarse más a Dios; y que la unión íntima del hombre con Dios ha de desembocar, a su vez, en un mayor empeño por dar soluciones satisfactorias a tantos problemas y situaciones negativas de las que todos somos conscientes: pobreza, ignorancia, explotación, divisiones, enfrentamientos, desprecio de la justicia y de la verdad (cf. *Christifideles laici*, 42-44).

Al meditar sobre estas exigencias, los padres del concilio Vaticano II han dirigido su mirada al misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Allí contemplamos con estupor el vivir humano en la persona del Hijo unigénito de Dios. Nunca podrá pensarse del hombre nada más elevado.

Una triple perspectiva ha servido al mismo concilio para articular, en la parte inicial de la constitución *Gaudium et spes*, su magisterio sobre el misterio de Cristo en relación con el hombre: la persona, la capacidad humana de amar y el trabajo.

En primer lugar, la persona. Sobre ella nos dice el citado documento conciliar que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». Pues «Cristo (...), en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación». Al mismo tiempo, «el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo el hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre» (*Gaudium et spes*, 22).

Por otro lado, el hombre cristiano recibe las «primicias del Espíritu» (cf. *Rm* 8, 23), las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor, por medio del cual se restaura internamente todo hombre. Pero «esto vale no solamente para los cristianos, sino

también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible» (*Gaudium et spes*, 22). Éste es el gran misterio que la misma revelación cristiana trata de esclarecer a los creyentes. De este modo la persona está llamada a integrar todas las realidades que componen su existencia en una síntesis armónica de vida, orientada por un sentido último, que es la expresión más sublime del amor (cf. *ibid.*).

Estamos así delante de la segunda perspectiva enunciada: la capacidad de amar. Es la posibilidad que tiene la persona de unión, de cooperación con Dios y con sus semejantes para realizar un anhelo compartido. Amando se descubre esa honda capacidad de darse que eleva la persona y la ilumina interiormente. En efecto, el amor es una fulgurante llamada a salir de sí mismo y trascenderse.

En continuidad con mi venerado predecesor Pablo VI, he hablado en repetidas ocasiones de la civilización del amor. Una meta sumamente atractiva y, a la vez exigente que se debe mirar a la luz del misterio del Verbo encarnado. El es «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (*Jn* 1, 9). Al encarnarse el Hijo de Dios ha manifestado el sentido definitivo que, en Dios, tiene cada criatura humana y al mismo tiempo, le ha hecho ver que su vocación abarca todo su ser y todo su obrar.

Llegamos así a la última de las perspectivas enunciadas, el sentido de la actividad humana. El trabajo es uno de los grandes temas en la cultura, y de modo especial lo es en la época contemporánea.

Mirando al pasado, es interesante recordar el escaso valor que en la antigüedad clásica se daba al trabajo, como parte de la cultura. En realidad el ocio y el trabajo fueron vistos frecuentemente en clave antitética. En el panorama cultural, aún en nuestros días, no siempre aparece el trabajo humano como medio de realización de la persona. Mas, desde la óptica de la fe, la perspectiva se ensancha hasta hacer de la actividad humana un medio de santificación y experiencia de unión con Dios. Esto se hace posible cuando se advierte que el Dios a quien el hombre busca afanosamente es el Dios viviente; es decir, el padre omnipotente, que actúa permanente en la creación, guiándola hacia el término que le ha prefijado (cf. *Gaudium et spes*, 34); y también el Hijo encarnado, que continúa realizando su obra redentora mediante el Espíritu Santo (cf. *ibid.*, 38). En este acercamiento incesante de Dios, el hombre, mediante su trabajo, se hace colabo-

rador y como mediador de un operar divino destinado a difundirse en la creación entera (cf. *Laborem exercens*, 25).

Es cierto que, en esta tarea, el hombre habrá de comprobar también —en su propia carne— la injusticia y el sufrimiento, consecuencias del pecado y de la tergiversación de lo creado. Y, sin embargo, todo ello no es un obstáculo. Al contrario, es una nueva llamada para una unión más íntima con Dios, pues, al contrasentido del pecado responde Dios con la encarnación de su sabiduría.

Antes de concluir, quisiera volver a la perspectiva inicial de estas consideraciones: América Latina ha de reafirmar su identidad y ha de hacerlo desde sí misma, desde sus raíces más genuinas. Las diversas dificultades que la afectan, de orden económico, social, cultural, deben ser resueltas con la colaboración y el esfuerzo de su misma gente.

En esta noble tarea el hombre y la mujer de cultura están llamados a inspirar principios de fondo y suscitar motivaciones que estimulen la capacidad moral y espiritual de la persona, único medio para conseguir unos cambios que sirvan al hombre y no lo esclavicen.

El hondo sentido de responsabilidad y el compromiso ético que debe caracterizar a todo hombre de la cultura os llevará a hacer de vuestra actividad, en el campo de las ciencias, de las letras y de las artes, un instrumento de acercamiento y participación, de comprensión y solidaridad en los diversos sectores en los que se deja sentir vuestra influencia. Las tensiones y conflictos que puedan aparecer en el panorama social han de ser un desafío a vuestro talento para poner de manifiesto que los enfrentamientos y las incomprensiones van ligados frecuentemente a la ignorancia y al desconocimiento mutuos.

La verdadera cultura tiende siempre a unir, no a dividir. En vuestra búsqueda constante de la verdad, de la belleza y del conocimiento científico abrid nuevos caminos a la creatividad y al progreso, tratando de unir las voluntades y buscando soluciones a los innumerables problemas que plantea la existencia humana.

La Iglesia católica en Latinoamérica toma en seria consideración vuestras valiosas aportaciones. En esta actitud hay también una es-

peranza: que promováis una cultura que enriquezca al hombre integralmente, llevándole a superar —desde sí mismo, sea quien sea— las situaciones negativas en las que tantas veces se encuentra postrodo. Que todos puedan descubrir y alcanzar la plena dignidad de la existencia humana, al forjar una cultura abierta a la sabiduría de Dios y a su acción entre los hombres y en la creación entera.

Para concluir, señoras y señores, deseo recordaros una frase de Jesús en el Evangelio de san Juan: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 32). Que no desfallezca vuestro ánimo en la búsqueda apasionada de la verdad.

Que vuestra vocación de servicio al hombre rechace siempre todo aislamiento egoísta que os pueda sustraer a una participación responsable en la vida pública y en la defensa y promoción de los derechos del hombre. Que seáis siempre promotores y mensajeros de una cultura de la vida que haga de México una patria grande donde los antagonismos sean superados, donde la corrupción y el engaño no encuentren espacio, donde el noble ideal de solidaridad entre todos los mexicanos prevalezca sobre la caduca voluntad de dominio.

Muchas gracias.

Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

(Santo Domingo, 12-10-1992)

IV. Cultura cristiana

Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En verdad, la evangelización de las culturas presenta la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las

personas y se proyecta en el «ethos» de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras¹.

El tema «cultura» ha sido objeto de particular estudio y reflexión por parte del CELAM en los últimos años. También la Iglesia toda dirige su atención a esta importante materia, «ya que la *nueva evangelización* ha de proyectarse sobre la cultura "adveniente", sobre todas las culturas, incluidas las culturas indígenas»². Anunciar a Jesucristo en todas las culturas es la preocupación central de la Iglesia y objeto de su misión. En nuestros días, esto exige, en primer lugar, el discernimiento de las culturas como realidad humana a evangelizar y, consiguientemente, la urgencia de un nuevo tipo de colaboración entre todos los responsables de la obra evangelizadora.

En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Es cierto que el sustrato cultural actual presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos frutos de la evangelización; pero, al mismo tiempo, ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano.

La ausencia de esos valores cristianos fundamentales en la cultura de la modernidad no solamente ha ofuscado la dimensión de lo trascendente, abocando a muchas personas hacia el indiferentismo religioso —también en América Latina—, sino que, a la vez, es causa determinante del desencanto social en que se ha gestado la crisis de esta cultura. Tras la autonomía introducida por el racionalismo, hoy se tiende a basar los valores sobre todo en consensos sociales subjetivos que, no raramente, llevan a posiciones contrarias incluso a la misma ética natural. Piénsese en el drama del aborto, los abusos de ingeniería genética, los atentados a la vida y a la dignidad de la persona.

Frente a la pluralidad de opciones que hoy se ofrecen, se requiere una profunda renovación pastoral mediante el *discernimiento evangélico* sobre los valores dominantes, las actitudes, los comportamientos colectivos, que frecuentemente representan un factor decisivo para optar tanto por el bien como por el mal. En nuestros días se hace necesario un esfuerzo y un tacto especial para inculturar el

¹ Cf. *Discurso a los intelectuales y al mundo universitario*, Medellín, 5 de julio de 1986.

² Cf. *Ángelus*, 28 de junio de 1992.

mensaje de Jesús, de tal manera que los valores cristianos puedan transformar los diversos núcleos culturales, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el afianzamiento de una *cultura cristiana* que renueve, amplíe y unifique los valores históricos pasados y presentes, para responder así en modo adecuado a los desafíos de nuestro tiempo³. Uno de estos retos a la evangelización es el de intensificar el diálogo entre las ciencias y la fe, en orden a crear un verdadero humanismo cristiano. Se trata de mostrar que la ciencia y la técnica contribuyen a la civilización y a la humanización del mundo en la medida en que están penetradas por la sabiduría de Dios. A este propósito, deseo alentar vivamente a las Universidades y Centros de estudios superiores, especialmente los que dependen de la Iglesia, a renovar su empeño en el diálogo entre fe y ciencia.

La Iglesia mira con preocupación la fractura existente entre los valores evangélicos y las culturas modernas, pues éstas corren el riesgo de encerrarse dentro de sí en una especie de involución agnóstica y sin referencia a la dimensión moral⁴. A este respecto, conservan pleno vigor aquellas palabras del Papa Pablo VI: «La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Éstas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva»⁵.

La Iglesia, que considera al hombre como su «camino»⁶, ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura. Frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana. Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿qué puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el Evangelio de Cristo?

En este hito histórico del medio milenio de la evangelización de vuestros pueblos, os invito pues, queridos hermanos, a que, con el ardor de la nueva evangelización, animados por el Espíritu del Se-

³ Cf. *Redemptoris missio*, 52.

⁴ Cf. *Discurso al Consejo pontificio para la cultura*, 18 de enero de 1983.

⁵ *Evangelii nuntiandi*, 20.

⁶ Cf. *Redemptor hominis*, 14.

ñor Jesús, hagáis presente la Iglesia en la encrucijada cultural de nuestro tiempo, para impregnar con los valores cristianos las raíces mismas de la cultura «adveniente» y de todas las culturas ya existentes. A este respecto, particular atención habréis de prestar a las *culturas indígenas y afroamericanas*, asimilando y poniendo de relieve todo lo que en ellas hay de profundamente humano y humanizante. Su visión de la vida, que reconoce la sacralidad del ser humano, su profundo respeto a la naturaleza, la humildad, la sencillez, la solidaridad son valores que han de estimular el esfuerzo por llevar a cabo una auténtica evangelización inculturada, que sea también promotora de progreso y conduzca siempre a la adoración de Dios «en espíritu y en verdad»⁷. Mas, el reconocimiento de dichos valores no os exime de proclamar en todo momento que «Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios»⁸.

«La evangelización de la cultura es un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el Evangelio. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna⁹». Pero este esfuerzo de comprensión e iluminación debe estar siempre acompañado del anuncio de la Buena Nueva¹⁰, de tal manera que la penetración del Evangelio en las culturas *no sea una simple adaptación externa, sino un «proceso profundo y global que abarque tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia»¹¹*, respetando siempre las características y la integridad de la fe.

Al ser la comunicación entre las personas un importante elemento generador de cultura, los modernos *medios de comunicación social* revisten en este terreno una importancia de primer orden. Intensificar la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación ha de ser ciertamente una de vuestras prioridades. Vienen a mi mente las graves palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI: «La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos

⁷ Jn 4, 23.

⁸ *Redemptoris missio*, 5.

⁹ *Discurso al mundo de la cultura*, Lima, 15 de mayo de 1988, 5.

¹⁰ Cf. *Redemptoris missio*, 46.

¹¹ *Ib.*, 52.

poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más¹²».

Por otra parte, se ha de vigilar también sobre el uso de los medios de comunicación social en la *educación de la fe* y en la *difusión de la cultura religiosa*. Una responsabilidad que incumbe sobre todo a las casas editoriales dependientes de instituciones católicas, que deben «ser objeto de particular solicitud por parte de los ordinarios del lugar, a fin de que sus publicaciones sean siempre conformes a la doctrina de la Iglesia y contribuyan eficazmente al bien de las almas¹³».

Ejemplos de inculturación del Evangelio lo constituyen también ciertas manifestaciones socio-culturales que están surgiendo en defensa del hombre y de su entorno, y que han de ser iluminadas por la luz de la fe. Es el caso del *movimiento ecologista* en favor del respeto debido a la naturaleza y contra la explotación desordenada de sus recursos, con el consiguiente deterioro de la calidad de vida. La convicción de que «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todo el género humano¹⁴» ha de inspirar un sistema de gestión de los recursos más justo y mejor coordinado a nivel mundial. La Iglesia hace suya la preocupación por el medio ambiente e insta a los gobiernos para que protejan este patrimonio según los criterios del bien común¹⁵.

El desafío que representa la cultura «adveniente» no debilita sin embargo nuestra esperanza, y damos gracias a Dios porque en América Latina el don de la fe católica ha penetrado en lo más hondo de sus gentes, conformando en estos quinientos años el alma cristiana del continente e inspirando muchas de sus instituciones.

En efecto, la Iglesia en Latinoamérica ha logrado impregnar la *cultura del pueblo*, ha sabido situar el mensaje evangélico en la

¹² *Evangelii nuntiandi*, 45.

¹³ *Instrucción de la congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos relativos al uso de los instrumentos de comunicación social en la promoción de la doctrina de la fe*, 30 de marzo de 1992, 15, 2.

¹⁴ *Gaudium et spes*, 69.

¹⁵ Cf. *Mensaje para la XXV Jornada mundial de la Paz*, 1 de enero de 1992.

base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus formas de acción.

Se nos presenta ahora el reto formidable de la *continua inculturación* del Evangelio en vuestros pueblos, tema que habréis de abordar con clarividencia y profundidad durante los próximos días. América Latina, en *Santa maría de Guadalupe*, ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada. En efecto, en la figura de María —desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz de la Evangelización de Jesús— se encarnaron auténticos valores culturales indígenas. En el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac se resume el gran principio de la inculturación: la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante la integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las varias culturas¹⁶.

¹⁶ Cf. *Redemptoris missio*, 52.